

A la memoria de académicos fallecidos

MANUEL MARTINEZ BÁEZ

IGNACIO CHAVEZ RIVERA *

El 19 de enero de 1987, dolido del cuerpo después de una larga caminata por la vida, pero en plena y briosa lucidez mental, desapareció de entre nosotros la figura especialmente ilustre del Maestro Don Manuel Martínez Báez. En la ceremonia de esta noche, la Academia Nacional de Medicina, de la que fue su Presidente y Miembro Honorario se inclina reverente y evoca su memoria.

Ahora que él ha cruzado ese muro nebuloso del gran silencio —espeza de fé de nueva vida, que es amalgama para tantos, como lo es de incertidumbre para muchos y de misterio para todos— ¿qué palabras utilizar para evocarlo que no sean las gastadas y convencionales? Pero sobre todo ¿cuáles podrán transmitir a la nueva generación científica mexicana —ciertamente rica en conocimientos pero frágil en la capacidad de recordar y aun de respetar lo que fue obra del pasado— lo que una vida ejemplar como la suya tiene de mensaje perdurable? Porque personalidades así no debieran sumirse en el olvido.

Yo no preterderé franquear estos obstáculos ni podré encontrar dichas palabras. Seré —lo

reconozco— el analizador muy parcial de su persona: en parte, porque de su filosofía de la vida comparto mucho; en parte porque tuve el privilegio de verlo actuar a lo largo de toda su trayectoria, y en parte, porque algo familiar que para su persona estuvo hecho de respeto del que conlleva admiración, aparte de gran afecto, se me quedó embebido, e incluso veo satisfecho que por razones similares pasó a mi descendencia. En obligada imposibilidad de asistir, por enfermedad, será mi hijo Ignacio quien así lo exprese.

Esta noche no venimos con simpleza a honrar al científico abstracto, autor de algún descubrimiento, sino —importantemente, al hombre polifacético en cuyo fondo estuvo una rara mezcla de cualidades que constituyen un don selecto.

En octubre del pasado año de 1986, durante la celebración de la XXVI Jornada de esta Academia en provincia, llevada a cabo en Morelia bajo la presencia de Don Carlos MacGregor, tuve ya el honor de ser portavoz en el homenaje que el Ayuntamiento de su ciudad natal le ofrecía, coincidente con la aparición del libro que sobre su persona publicaba la Universidad Nicolaita, hecho por la sensible pluma del académico Don Enrique Arreguín.

Que me sea permitido recordar ahora lo que entonces dije:

* Presentado por el académico Ignacio Chávez Rivera, en la sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina celebrada el 2 de septiembre de 1987.

El Gobierno del Estado de Michoacán, rinde homenaje hoy, con esta ceremonia, a uno de sus hijos más ilustres, el Maestro Don Manuel Martínez Báez quien cumple 92 años de vida fecunda y ejemplar. Quiere con ello recordar no sólo que aquí creció y aquí inició lo que ha sido una vida llena de grandes y elevadas realizaciones. Quiero además mostrar a las generaciones jóvenes lo que es el mejor ejemplo de una vida limpia y brillante, consagrada al trabajo intelectual, la de un funcionario probo consagrado al servicio público, y la de un ciudadano ejemplar.

Y es que es el suyo, sin la menor duda, uno de los nombres más ilustres de la medicina mexicana, asociado al vasto campo de la salud pública, de tan fundamental importancia no sólo en el orden científico, sino también en el de lo social. Su figura intelectual, científica, cultural y personal es la de un hombre fuera de serie. El Maestro Martínez Báez, llega a esta edad de la serenidad, con la mayor lucidez: el mismo dilatado talento, la misma vehemencia e interés por lo que cree justo, la misma fina sensibilidad por lo que encuentra bello, la misma alteza de miras que se trazó en su juventud, ahora en realización plenamente cumplida.

Su vida se inicia en una Morelia cercana a los principios del siglo XX, en ambiente propicio para el análisis calificado y la descripción propias del literato y del costumbrista. Una ciudad bella en clima y en paisajes; cuajada de plazas, de nobles edificios, de mansiones y callejas de corte colonial, tallada en bella cantera. Ciudad rica en historia y en tradiciones patrióticas, asentada en región que ha presenciado desde la época de la cultura indígena hasta las gestas gloriosas de la Independencia y de la Reforma nacionales. Es una población provinciana, tranquila, religiosa, recatada, levítica y centro de añejas tradiciones culturales. En el primer decenio del siglo, bajo el gobierno porfirista, la tranquilidad es ostensible y el espíritu romántico es imperante.

Don Manuel, es hijo del doctor Martínez Solórzano, hombre de ciencia, naturalista y maestro del Colegio de San Nicolás de Hidalgo, y de la profesora Francisca Báez de Martínez. El busto en bronce del primero, perpetúa su memoria frente al bello templo de La Compañía de esta ciudad de Morelia, que en tiempos coloniales se llamó Valladolid. Su gran talento, que en parte recibe y en parte modela a su vida infantil, la familiar, es especialmente inquieto y ágil, dotado de la curiosidad de todo conocer de todo aprender, misma que se ha mantenido en permanente ebullición a lo largo de toda una vida.

Terminados sus estudios primarios y secundarios, pasa a cursar los preparatorios en el Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo, tan ligado a los nombres de próceres ilustres de nuestro México, como lo son Don Vasco de Quiroga, el padre

Hidalgo, el cura y generalísimo Morelos, el sabio y reformista Don Melchor Ocampo y el santo laico de Don Santos Degollado. Ahí, con la belleza arquitectónica colonial del lugar, se encuentra con la añeja tradición, y con un acendrado concepto del estudio, en una época en la que impera el positivismo, hecho de enseñanza objetiva y de educación liberal. De esa su etapa nicolaíta, le quedará el sello indeleble que conjunta el interés por la ciencia con el tamiz del humanismo, influencia que cala en espíritus selectos como el suyo.

De tales años, el propio Don Manuel ha escrito descripciones finas y sensibles al hablar de sus condiscípulos de años vecinos: Samuel Ramos, Gabino Fraga, Eduardo Villaseñor, Rodolfo e Ignacio Chávez, Salvador González Herrejón, Isaac Arriaga, Cayetano Andrade y Antonio Martínez Báez, entre otros. Ha descrito igualmente el espíritu imperante en aquella masa estudiantil. Para formarse una idea del interés y calidades de la mayoría de los maestros del tiempo, bastaría leer las líneas que dedica a su profesor de raíces griegas y latinas, Don Francisco P. León. En ellas, aparte de la descripción de la bondad, honestidad y vocación para la enseñanza del viejo profesor y del medio ambiente que lo rodea es de impresionar la fina sensibilidad del autor, su exaltado amor por la cultura en general y por su terruño provinciano. Es además de admirar en el grupo selecto de alumnos nicolaítas del tiempo, la avidez por el estudio de las ciencias, las artes y la historia, sus aficiones literarias, el permanente gusto romántico por la poesía, los escarceos oratorios, el respeto al talento y a la preeminencia en los estudios del compañero, la confrontación juvenil de las ideas en donde todo se pone en duda, la creación y el mantenimiento de revistas literarias y poéticas por parte de estudiantes carentes de menor holgura económica, y aún la suscripción a revistas literarias provenientes de París, una vez cursados con eficiencia los estudios de tal lengua como para permitir disfrutarlas y escuchar su lectura en grupo, en reuniones fuera de clase. Junto con ello, destacan los valores convencionales del interés patrióticos, que en los albores de la Revolución de 1910 entran en inquietud, cuando esta masa juvenil empieza a cuestionarse acerca de las nuevas ideas de justicia, libertad y progreso en el país, mismas que contrastan con las de un retraso previamente inadvertido para ellos.

Es el propio Don Manuel uno de los mejores ejemplos de este tipo de valores estudiantiles. En 1916, a los 22 años de edad, se gradúa de médico y durante cuatro años actúa como Jefe de brigada sanitaria de las fuerzas de la Revolución Mexicana, cargando entre sus haberes, libros exóticos para el momento, como serían las obras de un poco conocido escritor español de nombre Azorín. Es luego el fundador del Hospital Militar en Morelia.

Muchos años después, en 1954, en su discurso de ingreso al ilustre Colegio Nacional de México, puede verse en frases propias su siempre demostrada convicción social, cuando señala:

“Cuando me asomé a la juventud me deslumbró el súbito incendio de nuestra Revolución cuyo fulgor alumbró duras e hirientes verdades y en cuyas brasas se incineraron viejos prejuicios, rancias mentiras y falsos valores. La Revolución dejó una marca indeleble en todos los de mi generación; para algunos esa marca fue la definitiva, de la muerte: puso en otros la de un nuevo y perdurable entusiasmo y a varios más dejó inválidos de por vida mirando hacia el pasado. Todos entramos en una nueva y azarosa existencia, en la que el destino empujaba a menudo hacia rumbos extraños o por senderos extraviados; pero en lo sucesivo todos tuvimos siempre ante nuestros ojos una realidad patente, que sufría que anhelaba y que exigía. La realidad de nuestro pueblo, que mostraba al desnudo su verdad y que nos hacía compartir su angustia y su esperanza. Mis casi ingénitas aficiones al estudio de la naturaleza me encaminaron por el sendero de los estudios médicos, los cuales hice mal y de prisa, debido en parte a circunstancias ligadas con accidentes de la época. Prematuramente me encontré ya lanzado a la lucha por la vida, teniendo que servir a soldados y campesinos, con bagaje científico y técnico bien exiguo, sin mucha oportunidad para adquirir alguna experiencia médica provechosa, pero con amplia ocasión para saber de la vida real de nuestro pueblo”

En Don Manuel Báez estas, sus convicciones sociales, nunca lo han abandonado. Habría que oírlo conversar de cien temas a la vez: del liberalismo mexicano y sus guerras de Reforma, del de la República Española en aquella dramática guerra civil, y de tantos otros de historia, que registran enseñanzas y vergüenzas, antiguas y recientes. Siempre fue característico en él, la vehemente vocación por lo indignable pero siempre dentro de un lúcido análisis que la justificara.

En 1920, se retira del ejército para ejercer la profesión médica en la pequeña población de Huetaamo, situada en la franja de la llamada Tierra Caliente michoacana tan rica en interés, historia y folklore, y en donde pasa tres años. Vividos éstos, comprende claramente que las fronteras del conocimiento le son ahí especialmente lejanas para poder adquirir el de tipo superior por el anhelado, y con ello poder prestar el servicio eficaz. Su convicción de mejoría en el conocimiento y en el servicio se expresa en estas líneas cuando narra:

“Viví después, por pocos años, como médico en un pueblo; entonces tuve más clara conciencia de la escasez de mis conocimientos y de mis habilidades y sufrí por la carencia de recursos para servir bien a quienes debía, y comprendí lo absurdo de tener que

vender mis servicios a quienes los necesitaban pero no tenían con qué comprarlos. Adquirir la convicción de que en la medicina no todo es mera biología, y aprendí que el ser humano, por más que a veces parezca solitario, forma parte siempre ineludiblemente, de una comunidad, a la que lo atan los lazos que sería torpe desconocer y menospreciar”.

Por ello regresa a la cátedra en la Universidad de Morelia en 1923, y después de dos años de actuación como Secretario General, ocupa la Rectoría Nicolaita en 1925. De ahí, con la noble ambición del estudio y del servicio público en la mente, emigra a la Ciudad de México, donde inicia la etapa que finalmente va a consagrarlo dentro de la medicina nacional.

Rico en el talento y brioso en la acción, ávido y apasionado por todo lo alto, todo lo justo y todo lo bello, en ebullición permanente a lo largo de toda una vida, dedica ésta al estudio de su ciencia y al de su interés por las humanidades, dentro de un vivir constante en el trabajo y en la vida simple. Su visión ancha y distante, la autoridad de su preparación y la vastedad de su cultura, han hecho de él un prototipo acabado del intelectual a quien nada de lo humano le ha sido indiferente, del científico embebido en su laboratorio, del educador y maestro apasionado, del poseedor de claridad y brillantez de expresión, y —muy importante—, del hombre admirable en su sencillez, en su probidad, en la lealtad a sus ideas, a su forma de vida y en su integridad y rectitud morales, absolutamente insobornables.

En ese su largo y brillante recorrido ha ocupado puestos y recibido honores congruentes con esas sus facetas de intelectual, científico, hombre culto, maestro universitario, funcionario destacado y hombre cabal. Ha sido así catedrático, Secretario General, Rector y Doctor Honoris Causa de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en su natal Morelia; Profesor Emérito, Miembro de la Junta de Gobierno y Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional Autónoma de México; Director en tres periodos, Investigador y Maestro del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales; Director General de departamentos, Oficial Mayor y Subsecretario de la Secretaría de Salubridad y Asistencia; participante en la fundación y organización del Instituto Mexicano del Seguro Social; Académico de número, Ex-Presidente y portador de la selecta membresía honoraria de la Academia Nacional de Medicina; Miembro del Comité de Expertos del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas; Embajador Científico de México, Delegado Permanente y varias veces Miembro del Consejo Ejecutivo de la UNESCO en París, Miembro Honorario de la Oficina Sanitaria Panamericana; Miembro del ilustre Colegio Nacional y laureado con importantes premios. Su liga sentimental con la cultura Europea, en forma importante con la fran-

cesa, sitio predilecto en sus estudios juveniles de especialización a partir de 1929 realizados en París, Roma, España y Alemania, y su conocimiento profundo de la cultura en ese país, ha sido reconocido al otorgársele la condecoración de Oficial de la Legión y de Honor y la de Comendador de la Orden de la Santé-Publique. Es además Miembro de Honor de la Oficina Sanitaria Panamericana, Vocal Emérito del Campo de la Salubridad General del Gobierno de la Nación, Medalla de Oro de la condecoración "Eduardo Liceaga" de la Secretaría de Salubridad y Asistencia de México, y Comendador de la Orden de Finlay, de Cuba.

Es pues esta, una extraña amalgama entre el sabio y el hombre culto, probo, limpio, de vida simple, de rectitud insobornable.

Debo finalizar: saludo desde aquí en lo personal, con particular emoción, al amigo dilecto de mis padres y a quien aparece como selecto testigo entrañable en mi acta de nacimiento. Pero independientemente de eso, me es honroso agregar mi mensaje cargado de afecto en sus 92 años al de tantos que le deben y le admiran y que hoy se inclinan reverentes ante una vida así, en esta ceremonia en la que se rinde público homenaje a este gran nicolaíta e ilustre mexicano.

Señores Academicos: Este fue el mensaje que en aquel entonces le enviamos. Hoy que ha desaparecido de entre nosotros venimos con emoción a reiterarlo. Que llegue a él donde se encuentre, pero sobre todo que su ejemplo cale en las generaciones jóvenes sensibles cuya vida inician, o en las que ya por día transitan. En espíritus superiores como este, está cifrado mucho del futuro de México.

Enrique C. Livas Villarreal

JOSE MIGUEL TORRE*

Asisto en esta ocasión, por invitación honrosa de la Academia Nacional de Medicina, a cumplir la dolorosa tarea de recordar a un hombre que cumplió su jornada después de caminar con dignidad en la vida

Presentado en la sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina celebrada el 5 de agosto de 1987.

* Académico titular.

y a señalar con el mayor respeto algunos rasgos de su personalidad.

Me acerco de ese modo, por segunda ocasión en mi vida, a ésta tribuna destinada a cumplir con la noble tradición arraigada en esta casa, de ofrecer un breve homenaje a la memoria de quienes un día trabajaran como miembros de la Corporación y sintieron la emoción de servirla con lealtad.

El doctor Enrique Carlos Livas, nacido en Monterrey el 28 de noviembre de 1908, heredó sin duda de sus padres la disposición para aprender y la inclinación para enseñar. Ambos, don Pablo Livas y doña Francisca Villarreal siguieron la carrera del magisterio y los dos cumplieron una larga labor de educadores. El vivió su profesión con particular interés y por ello escribió libros para ayudar en el proceso educativo a sus alumnos; uno de ellos, *Leciones de Fisiología e Higiene*, quizá tuvo algo que ver en la decisión del hijo para hacerse médico.

Estudió el doctor Livas parte de la carrera en la Escuela de Medicina de la Universidad de Nuevo León y luego pasó a la Universidad Nacional, en donde obtuvo el título de médico en 1932. Regresó pronto a su tierra natal y allí cumplió una tarea ejemplar como maestro, como universitario y como hombre de bien.

A los cuatro años, de haberse titulado, ocupó la rectoría de la Universidad en la que había iniciado sus estudios de médico, y durante 12 años, de 1936 a 1948, desempeñó el alto puesto directivo.

Un día sintió el deseo de ampliar su preparación de cardiólogo, que había iniciado, con las dificultades y esfuerzos que eran naturales en la época en que se tituló de médico, y no dudó el rector universitario en trasladarse de nueva cuenta a la capital del país, como cuando era estudiante de medicina, para seguir un curso formal en el Instituto Nacional de Cardiología, que acababa de iniciar sus actividades docentes, de investigación y de asistencia. A mediados del año de 1944, apenas unos cuantos meses después de inaugurado el Instituto, el Maestro Ignacio Chávez nos presentó, a los siete médicos residentes que iniciábamos nuestra preparación allí, al rector de la Universidad de Nuevo León, que llegaba a convivir con nosotros, como si fuera uno más del grupo, para recibir las enseñanzas y para participar en la atención de los enfermos.

El gesto noble del doctor Livas, nos dejó desconcertados a algunos y todos gozamos con la grata y franca amistad del rector que se volvía otra vez estudiante, que se incorporaba al grupo de residentes y se volvía ejemplo y estímulo a la vez al seguir de ese modo juntos el camino.

Al regresar a Monterrey, una vez concluido su trabajo en el Instituto, reasumió su responsabilidad de rector y se incorporó a la docencia en la especialidad. Fue un maestro ejemplar, un impulsor de la cardiología en su medio y un apasionado luchador,

hasta sus últimos momentos, por fundar el Instituto de Cardiología de Nuevo León. En este empeño dejó todo el esfuerzo que un hombre puede poner por lograr que el sueño un día se haga realidad. Si no llegó a ver concluida la obra, que constituyó el empeño de su vida, no fue por no haber puesto suficiente amor en la tarea. Fue porque las circunstancias muchas veces no concuerdan con los esfuerzos, por muy altas que sean las metas trazadas y por grande que sea el anhelo.

En 1965 organizó en Monterrey el IV Congreso Nacional de Cardiología. Por ello tuvo la satisfacción de recibir a los cardiólogos mexicanos en su propia tierra, así mismo a sus maestros y discípulos.

Fundó la Sociedad Regiomontana de Cardiología, corporación que un día del mes de febrero de 1980 tuvo el acierto de nombrarlo miembro honorario en una ceremonia emotiva que debe haberle servido de aliento para sostener su lucha por impulsar la especialidad.

Desarrolló también trabajo de hospital y atendió su consultorio privado. Ocupó la jefatura del servicio de cardiología y fue auditor clínico en el Instituto Mexicano del Seguro Social; también jefe del servicio de electrocardiografía en el Hospital "José Eleuterio González". En 1955 se incorporó a esta Academia y el trabajo de ingreso fue comentado por su entrañable amigo, el maestro Salvador Aceves.

Fue un escritor pulcro y sincero. Redactó lo mismo trabajos sobre su especialidad, que temas sobre educación y ensayos acerca de la Universidad. Diri-

gió la edición de algunas publicaciones y lo hizo con especial cuidado. Un día levantó su voz para criticar con toda justicia el desacierto de una publicación hecha en Monterrey, en donde se mostraba un desgano tal en la labor editorial que él calificó como "un agravio" la labor cumplida de ese modo. Fue hombre sincero que nunca dudó en señalar las cosas por su nombre.

Cultivó la amistad con fervor y por ello tuvo amigos con los que convivió a lo largo de su vida; compañeros de estudio que lo estimaron siempre, maestros a quienes supo respetar y discípulos fieles entre quienes supo inculcar entusiasmo y aliento.

Por eso resultó particularmente dolorosa para todos la noticia que recibimos el 27 de julio de 1981, cuando un accidente de tránsito en una calle de su amado Monterrey lo llevó a una larga y penosa existencia que terminó casi tres años más tarde: el 16 de febrero de 1984.

Hoy, al traer ante ustedes estos recuerdos del noble amigo, del médico cabal, del luchador apasionado y creativo, recuerdo que esta sala sirvió a nuestros maestros, hace 43 años, para enseñarnos las primeras clases de cardiología. Aquí, en este mismo auditorio que nos congrega ahora, el doctor Enrique Carlos Livas y un pequeño grupo de jóvenes ávidos de saber, recibíamos juntos las primeras lecciones de cardiología, nutridas de profundo humanismo, que nos dieron lo esencial para caminar luego en la vida.

Por ello esta noche me inclino con especial respeto ante esta tribuna.